

gica que llevamos expuesta; y el alma altiva de aquella mujer, fuertemente impresionada por ese resultado funesto, había estallado bajo la influencia de un desengaño tan horroroso, pues la consorte del Archiduque veía burladas sus esperanzas de esposa, y desvanecidas sus ilusiones de reina; y ante esa situación tan desastrosa, su espíritu altivo, reaccionando sobre su naturaleza viril, había ido á apagar la luz de la inteligencia en aquel noble ser, aparentemente blando y delicado, pero provisto en el fondo, á la vez que de un rico manantial de ternura, de un valor y de una energía verdaderamente excepcionales.....

La mano desapiadada del destino se hacía sentir de manera ruda sobre los jóvenes Príncipes, que embriagados por el placer que produce el mando, y entregados á las dulces expansiones del amor, no habían ni siquiera imaginado lo profundo y espantoso de la sima que

clusivamente con cierto partido, y por haber intentado una obra de conciliación. Pero qué, ¿se ignora que esta política fué la aconsejada desde el principio por los mismos Generales franceses? El General Castagny escribía al Mariscal el 30 de Agosto de 1864: "Las poblaciones de la frontera del Norte son enérgicas, laboriosas, industriosas y liberales. Ellas aceptarán el Imperio sin dificultad con tal que no se hieran demasiado duramente sus convicciones." El Mariscal mismo, decía á S. M. en una comunicación fechada el 29 de Diciembre de 1864: "Las tendencias clericales del General Mejía y del General López, y el espíritu generalmente liberal de las poblaciones de Nuevo León y Tamaulipas, hacen necesario el nombramiento de funcionarios ilustrados, que con su influencia puedan contrabalancear, si no dominar, la de los referidos comandantes militares." Se ve, pues, que por los consejos é insinuaciones de los jefes más autorizados del ejército francés, tuvo otros cómplices el Emperador en su línea de conducta política, además de las personas que le rodeaban, y por lo cual se le ha vituperado tan á menudo."

Sigue tratando el importante y delicado asunto de la Hacienda pública, que habiendo quedado su arreglo bajo la dirección absoluta de los afamados financieros franceses M. Budin, M. Corta, M. Bennefonds y últimamente M. Langlais, á quien *investió el Gobierno Imperial de atribuciones más latas que las que corresponden á los Ministros, y casi dictatoriales*, éstos nada pudieron hacer de provecho, presentando ese ramo un caos espantoso, y concluye así:

"Impútese al Gobierno Imperial mexicano el no haber apresurado la organización de un ejército nacional; pero que, *¿se ignora que el Comandante en jefe estaba encargado de formar, é investirlo de todos los poderes necesarios al efecto? Por último, cuando su inacción en este punto se hizo evidente*, el Emperador le escribió el 5 de Mayo de 1865, que confiaba al General Conde de Thun la organización de una brigada modelo, y que en su consecuencia, era preciso reunir en Puebla los elementos y los cuadros de esta fuerza. Se reunieron

se abría á sus pies; sin embargo, "la Ofelia de Shakespeare, deshojando las flores de Hamlet, no conmueve tanto á los corazones sensibles como la bella y triste soñadora de Miramar;" y terribles y punzantes han de haber sido las reflexiones á que debe haberse entregado en aquel Palacio, testigo antes de su dicha, y hoy confidente mudo de su dolor.....

En esta su mansión predilecta celebró con un banquete la fiesta mexicana del 16 de Septiembre; y ya al concluir el mes se encaminó á Roma á visitar al Papa, con el objeto de ver si arreglaba las cuestiones eclesiásticas pendientes que tanto reclamaban una solución.

El 27 se presentó oficialmente al Santo Padre, y entró diciéndole: "estoy envenenada, y ahí afuera están los que me han envenenado, por

en efecto; pero no habían recibido todavía los primeros rudimentos de su organización, cuando el Comandante en jefe los dispersó en tres distintas direcciones, para hacer frente á las eventualidades de la guerra. Cuando más tarde, el Ministro de la Guerra de S. M. el Emperador Napoleón, insistió cerca del Comandante en Jefe para que procediera á organizar tropas del país de un modo que fuera capaz de proteger los intereses franceses después de la salida del cuerpo expedicionario, el comandante en jefe se determinó á empezar la obra, é informó de su propósito al Emperador Maximiliano, quien le confirió poderes ilimitados para llevarla á feliz término.

"La siguiente carta del Mariscal, fechada el 6 de Junio de 1866, es un testimonio irrecusable: He recibido, decía, la carta que V. M. me ha dirigido con fecha del 3 de este mes, y por la cual se digna investir de una autoridad absoluta para la organización de los batallones de Cazadores de México, al General Jefe de Estado Mayor é Intendente en Jefe del ejército. He comunicado al General D'Osmond y al Intendente General Friant las intenciones de V. M., y tendré la honra de tenerle al corriente de los resultados que progresivamente se obtengan."

"Los oficiales generales, cuyos nombres acabamos de citar, procedieron inmediatamente á desempeñar su comisión, con un celo y una inteligencia dignas del mayor elogio. Los oficiales y los soldados del ejército francés respondieron á su llamamiento con una prontitud que justificaba las esperanzas concebidas sobre la inmediata formación de los nuevos cuerpos. Ya había recibido su equipo y armamento cierto número de batallones de Cazadores, cuando llegó la fatal noticia de que se retiraba el subsidio, que el Mariscal y el Sr. Ministro Plenipotenciario de Francia habían concedido provisionalmente, considerándolo como absolutamente indispensable. No es posible disimular que la conservación de este subsidio hasta fines de 1867, es la única garantía para la constitución del ejército mexicano; que, por confesión de cuantos habitan el país, es la sola fuerza capaz de proteger los intereses, hoy gravemente amenazados, de los extranjeros, y que cualquiera otra solución pondría en peligro no sólo sus intereses, sino hasta su existencia misma, ligada íntimamente á la del Imperio mexicano....."

orden de Napoleón;" y el 1º de Octubre, al observar el Médico algo que probaba el mal estado de su razón, le prohibió que saliera, pero ella lo retiró á un lado, y se fué al Vaticano, con una camarista y el Chambelán Datti; y hasta ese día, nada había hecho que hiciera sospechar su estado, cuyo secreto lo supo el Pontífice hasta la fecha dicha, que ella lo hizo público, con la resolución que manifestó de quedarse á dormir en el Vaticano; con no querer separarse ni un solo momento de la persona de S. S., y con comer en el mismo plato de éste, porque sólo en él tenía confianza.

Queriendo pasar la noche ahí, el Papa, á fin de evitar un escándalo, trató de convencerla, haciendo esfuerzos para que volviese á su Hotel, á lo que ella dijo que accedería, con tal que sus camaradas la Sra. Kuchachvich, el Dr. Boklushlabech y el Conde del Valle salieran del Hotel, y fueran juzgados y decapitados.

El Cardenal Antonelli llamó á Velázquez de León, y enterándolo de lo que pasaba, le dijo que la opinión del Médico (Dr. Biale), era que se le diera gusto en todo, y que para evitar el escándalo de que la Emperatriz y su dama se quedaran en el Vaticano, hiciera que las personas que ella denunciaba como sus envenenadores se ocultaran. Así lo hicieron, y cuando la Princesa vió cerradas las habitaciones, inrepó duramente al director del Hotel y le hizo devolver las llaves que tenía el Dr. Boklushlabech, el cual quería opiarla y así llevarla á Miramar.

La Emperatriz volvió al Vaticano y le dijo á Monseñor Borromeo que en el Hotel trataban de envenenarla, y que por tal motivo se quedaría allí hasta que llegara su hermano el Conde de Flandes: habiéndole hecho observaciones sobre la imposibilidad de acceder á su deseo, se convino en darle una habitación debajo de la de S. S., y cuando se la enseñó, hizo que salieran todos y se encerró, sin dar tiempo ni aun para introducir la cama.

A las seis de la mañana del día siguiente oyó misa en la capilla del Papa, y en seguida, el Chambelán Datti, la condujo á la cúpula de San Pedro, al Museo del Vaticano, y á cuantas partes quiso; y desde el día 1º hasta el 8 que llegó el Conde de Flandes, la historia de Carlota era la de una persona que tiene la monomanía de ver en todos los que la rodean, agentes mandados por Napoleón para envenenarla. Dió en comer lo que un gato dejaba.

En cuanto llegó el Conde su hermano, dispuso transportarla á Miramar, y la comitiva marchó á Trieste á esperar órdenes de Maximiliano, el cual tuvo noticias detalladas del mal éxito de la misión de su infortunada esposa, y de que estaba algo enferma, el 28 de Septiembre.

El "Diario del Imperio" dijo el 2 de Octubre, que por noticias recibidas se sabía que la Emperatriz debía haber concluído los diversos negocios de su misión, y que se proponía volver en el vapor del 16 de dicho mes; de modo que se esperaba su llegada á Veracruz, para el 8 ó el 10 de Noviembre.

Falsa como era la noticia anterior, la desmintió el mismo periódico, que con fecha 19 de Octubre decía:

"Según sabemos, S. M. el Emperador recibió por el vapor "Adonis," salido expresamente de Nueva Orleans, dos telegramas: el primero, de fecha 5 del presente, firmado en Roma por los Sres. Velázquez de León y Castillo, según el cual S. M. la Emperatriz sucumbió á la multitud y gravedad de los negocios que la llevaron á Europa. De pronta providencia, se determinó trasladar á S. M. al Castillo de Miramar, y se llamaron dos insignes médicos para que la asistiesen.

"El segundo telegrama viene directamente del Sr. Conde de Bombelles, y está fechado el 12 de Octubre, según el cual, aún no se perdía toda esperanza de alivio....."

Según un parte ó telegrama trasatlántico, traído por el expresado buque "Adonis," Carlota se enfermó en Roma el 4 de Octubre, al parecer de una fiebre cerebral muy grave; y los imperialistas, capitaneados por el clero, disponían que se hicieran preces públicas por la salud de la augusta Soberana.

"En aquel tiempo, refiere el Dr. Basch, vivía muy retraído en Palacio el Emperador. No eran admitidos á su mesa más que Herzfeld, el Padre Fischer y yo; hasta el 16 de Octubre fué cuando comenzó á convidar á alguna que otra persona. Para el 18 se había dispuesto una gran comida, antes de la cual, hubo consejo de Ministros presidido por el Emperador. Terminado el Consejo, dirigíme yo, como solía, al gabinete de Maximiliano; y estando allí presente, se recibieron dos despachos telegráficos concernientes á Europa. Conmovióse el Emperador al recibirlos; la verdad es que sus negros presentimientos no le habían engañado. Uno de los telegramas era del Conde de Bom-

belles, y venía de Miramar; el otro de Castillo, antiguo Ministro de Relaciones, venía de Roma.

“Púsose Herzfeld á descifrar aquellos dos despachos, los cuales anunciaban la enfermedad de la Emperatriz: no quiso dar de golpe la fatal noticia á Maximiliano; fingió que no podía traducir bien el contenido de los despachos. Algo se tranquilizó el Emperador, cuando Herzfeld le dijo que del contenido se infería que había alguien enfermo en Miramar, y que probablemente se trataba de una dama de honor de la Emperatriz, la Sra. Barrio, mexicana.

“No pudo, sin embargo, Herzfeld ocultar por mucho tiempo el verdadero contenido de los despachos, por cuanto el Emperador hubo de conocer que se trataba de disfrazarle la verdad, y le obligó á que inmediatamente se la descubriese toda.

“Conozco, le dijo, que debe ser algo espantoso; pero prefiero que me lo digáis, porque así estoy con mayor tormento.

“Mientras Herzfeld hacía como que se devanaba los sesos para descifrar completamente los despachos, me salí á mi cuarto; pero á los pocos momentos me mandó llamar el Emperador.

“¿Conoce Ud., me preguntó llorando amargamente, al Dr. Riedel de Viena?

“No bien oí este nombre cuando lo comprendí todo.

“Herzfeld había dicho al fin la verdad, y aun cuando yo hubiera querido mantener al Emperador en la ilusión, no me era posible mentir.

“Es el director de la casa de dementes, le respondí.

“Aquel tristísimo aviso determinó la crisis ya inminente, y aceleró la catástrofe. A muy duras pruebas había estado sujeto el Emperador en aquellos últimos días. Su postrera esperanza quedaba ahora desvanecida; veíase abandonado de la suerte, y agobiado por el dolor. Indiferente á cuanto pudiese acontecer, no hallaba consuelo sino en la idea de abandonar aquella desgraciada tierra, y reunirse á su desventurada esposa.

“Por otra parte, desde el momento que aceptó aquella corona de mal agüero, no había tenido más que sufrimientos. Toda la duración de su reinado no había sido más que una continuada lucha física y moral, para hacer que prevaleciese su soberanía y sus rectas intenciones frente á la oposición de los nacionales y las intrigas de los france-

ses. Aquellas nubes de preocupaciones y desengaños habíanse convertido en obscura noche con el último golpe de la adversa suerte. A donde quiera que volviese los ojos no veía ya brillar ni esperanza ni luz.

Estas tristes decepciones obligaron seriamente á Maximiliano á pensar en su suerte, estrechándolo á definir su situación.

El Dr. Basch, asegura que poseía toda su confianza, y que la tarde misma del día que llegó la noticia de la enfermedad de la Princesa, paseando con Maximiliano en la azotea del Palacio, le confió sus intenciones, preguntándole si según su opinión debía ó no abandonar á México.

El interpelado le contestó con ruda franqueza, que no debía permanecer más tiempo en el país; y después de hablar acerca del modo y manera como debería ejecutarse ese acto tan delicado por su naturaleza excepcional, el Archiduque quiso oír la opinión de sus íntimos amigos Herzfeld y el Director del Museo, Bilimek, que habitaban en el mismo Palacio, y quienes fueron de la misma opinión; de modo que, agrega Basch, *aquella misma noche se decidió Maximiliano á abandonar México.*

Cierto ó no el anterior relato, la realidad fué que el Archiduque, desde ese momento, empezó á hacer en silencio sus preparativos de marcha; y con el pretexto *dizque* de la próxima llegada de la Emperatriz, y deseando recibirla personalmente en Veracruz, dirigió una carta al Mariscal, el 14 de Octubre, manifestándole que se proponía salir de la Capital próximamente, á cuyo fin, y deseando dejar asegurada la tranquilidad en la ciudad, y al mismo tiempo hablarle acerca de puntos muy importantes, lo invitaba á una entrevista.

Aunque ausente de la Capital, Bazaine contestó que durante el viaje de Maximiliano estaría dispuesto todo para reprimir cualquier movimiento revolucionario, y poder dar al Gobierno el apoyo que pudiese necesitar: la contestación fué demasiado amistosa á la vez que tranquilizadora, pues el Mariscal creyó que la determinación del Archiduque estaba de acuerdo con los deseos de Napoleón.

La noticia de la marcha del Soberano cayó como un rayo en el campo conservador: llamado apenas este partido, y por la última vez, á la vida política, pues en Septiembre próximo anterior había entrado Lares á presidir el Ministerio, como una hábil combinación del